



**HOGARES DON BOSCO**  
**FORMACIÓN CRISTIANA**

**ETAPA III**

**MARÍA CASA DE DIOS**

**VII Congreso Internacional de María Auxiliadora  
(Agosto 2015)**

## 9. María, casa de Dios

### ORACIÓN

Comenzamos nuestra reunión poniéndola en manos de Dios leyendo el Evangelio del día.

Don Roberto Carelli

Estamos en el mes de mayo: no podemos no hablar de María, de Ella, nuestra tierna Madre, como la llamaba Don Bosco. Lo hagamos con cariño y sin temor, sabiendo que contemplando a María no se quita nada a Jesús. Una santa de nuestro tiempo como Clara Lubich, ha observado con mucha agudeza que **no vale solo el ad Jesum per Mariam, sino también el per Jesum ad Mariam!** Porque María ¡es la obra de arte de Dios, el primero y mejor fruto de la gracia! ¡Jesús mismo nos ha indicado y regalado a su Madre como Madre nuestra” ¡Contemplar el rostro de Ella es exaltar la obra de Él!

Por otra parte, es cierto que al hablar de María hay que poner siempre una doble atención para evitar exageraciones y vulgaridades, es decir, hablar demasiado o demasiado poco. Por una parte hay que tener presente que en el designio de Dios María es una criatura del todo singular: es Madre de Dios y de la Iglesia, y nos precede en todo sentido, porque es la primera en orden temporal y en el orden de la santidad. Por otra parte hay que contemplar a María con una mirada fija en toda la realidad de la Iglesia, en los dones y carismas que la enriquecen como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Esposa del Señor.

Ahora bien, en la Familia salesiana, tenemos bien presentes algunas cosas. Ante todo, María ha sido **la guía materna de Don Bosco**, ha sido determinante en su crecimiento, en su vocación, en su misión: Don Bosco ha nutrido por Ella un profundo afecto filial y en Ella ha puesto una confianza ilimitada. María ha sido siempre **la inspiradora y el sosstén de la obra salesiana**: no podemos dejar de recurrir a Ella en nuestra vida de oración, en el estilo de relaciones, en la orientación de las iniciativas. Don Bosco, además, nos ha enseñado a ver en Ella a **la Virgen Inmaculada**, que preserva a los jóvenes del mal y les conserva en la pureza sin la que no se percibe a Dios ni se gusta su presencia; y ha promovido la devoción a la **Madre Auxiliadora**, que socorre a la Iglesia en las batallas de la historia haciendo cosas maravillosas para con todos aquellos que recurren a Ella con corazón de hijos. Finalmente, nosotros, socios de ADMA, como escribía don Viganó a don Sangalli, Rector del Templo de María Auxiliadora, contemplamos el esplendor de María como **“primera creyente, Cooperadora en la redención, Madre de la Iglesia, Estrella de la evangelización”**. Nosotros la admiramos: es la más santa de las criaturas; somos agradecidos: es la gran Madre de Dios; la queremos: es nuestra Madre celeste. Estos sentimientos nos llevan a la entrega filial, a la imitación de sus virtudes, a la pasión apostólica-educativa.

Pero abordemos el tema del mes. María realiza el misterio del Templo de la manera más excelsa. Las letanías la celebran abundantemente. Ella es la “Sede de la Sabiduría”, el “Templo del Espíritu”, el “Tabernáculo de la eterna gloria”, la “Morada toda ella consagrada a Dios”, la “Torre de David”, la “Torre de marfil”, la “Casa de oro”, el “Arca de la alianza”. María, humilde esclava, ha sido la casa de Dios en la Tierra, y ahora, Reina del cielo, es la casa ante Dios. **Dios es el paraíso de María y María es el paraíso de Dios**. Ella es el paraíso terrestre antes de la caída, y gracias a Ella, el Hijo de Dios ha puesto su tienda en medio de nosotros. Ahora, después de haber morado en Ella en la tierra, el Hijo no podía menos de hacerla habitar en Él. Y todo esto nos implica a nosotros: como dice el teólogo P. Coda “Como ha habido necesidad de María para que el Hijo de Dios tomase carne, así ahora, se necesita a María para que Jesús resucitado nazca, crezca y llegue a la madurez en cada uno”.

Con su modo de hospedar a Jesús y su modo de morar con Él, **María nos enseña a no vivir sin misterio**” (E. Ronchi), a captar la presencia de Dios en las cosas, a captar las cosas a la luz de Dios. Con María es como se crece como cristianos, y se madura como Iglesia: el Papa Benedicto decía que en Nazaret, “en aquella casa, en aquella atmósfera, están las raíces escondidas de la Iglesia”. Y allí ¿qué se aprende? Se aprende la “ley de la casa”, la ley del Templo, la lógica de la Alianza, el estilo del amor de Dios: **Dios hace cosas grandes haciéndose pequeño**, y todo amor se hace grande cuando acepta ser pequeño. Está claro: para dejarse habitar por otros hay que ser humildes, y para habitar en otros hay que hacerse

pequeños. Y es, al mismo tiempo, misterioso: en María, en la Iglesia, en el cristiano Dios está presente, Dios habita, Dios obra.

Verdaderamente es un gran misterio. Detengámonos unos instantes. En el seno y en la casa de María Dios asume medidas humanas y precisamente así, es como se abre de par en par la desmesura de Dios: un misterio de grandeza y de pequeñez. “Dios es grande en sí, infinitamente grande –dice Coda – pero para poder ser grande también fuera de sí, en lo creado y en medio de nosotros, tiene necesidad de que María lo manifieste. Precisamente así, con Él es. María hace grande a Dios, porque Dios hace grande a María”. “María – sigue diciendo Coda – **lleva en sí la Vida. Y por esto Ella “hace grande” al Señor**”. Ese Jesús que toma forma en Ella es el Señor, y el Señor se digna nacer de la sierva. El hijo de María es el Hijo de Dios, pero el Hijo de Dios quiere hacerse Hijo del hombre. Dios mantiene las distinciones, pero anula las distancias porque esta es obra del amor: “¡tú te haces yo –continúa Coda- para que yo pueda ser tú! Ya nada es como antes. Para María, pero también para Israel, y para todos: los pueblos, los hombres y las mujeres, el pasado y del futuro. Porque Dios ha entrado en la carne de la humanidad, la ha hecho suya. Para siempre... Ella canta la grandeza de Dios porque Dios ha sido el primero en hacerse pequeño ante Ella”.

**María nos engendra en la fe** porque ninguna criatura ha tenido una experiencia de Dios tan íntima como Ella. Nadie puede engendrarlos en la fe mejor que Ella, que con su primer sí ha sido Madre de Jesús, y después, con otros tantos síes de su historia con Jesús –recuérdese el Templo, Caná, al vida pública, la cruz – ha sido discípula perfecta, modelo de nuestra fe. En efecto, gracias a María, Dios Padre revela en Jesús su rostro, pero, después, gracias a Jesús, María conoce el rostro de Dios Padre. Oigamos una vez más a Coda: “Jesús aprendió de María a hablar, a rezar, a amar. Ahora María debía aprender de Jesús. Entre Jesús y María está el Padre. La mirada de María, que antes estaba todo y solo vuelta hacia Dios, ahora debe fijarse en el rostro de Jesús: ‘quien me ve a mí, ve al Padre’. No para detenerse en él, sino para dirigirse, junto con él, hacia el Abbá: ‘nadie viene al Padre sino por mí’. En esto, María, que es Madre de Dios –parafraseando a Dante - se hace en verdad hija de su hijo. Recibe de Jesús el don de la filiación que él vive en su relación con el Padre”. Para llegar, finalmente, al Gólgota, donde el Padre en el cielo y la Madre en la tierra pierden al Hijo, pero precisamente así, gracias a su sacrificio, todos nosotros recobramos la paternidad de Dios y a María se le da una nueva maternidad grande como la Iglesia, grande como el mundo.

Desde aquel momento, a partir de la entrega que Jesús hace de la Madre al Apóstol Juan y de Juan a la Madre, **nuestras casas se convierten en las casas de María, y las casas de María se convierten en nuestras casas**. ¡Cuántos Rosarios hemos rezado y cuántos Santuarios hemos visitado o frecuentado! ¡Y sobre todo, cuánta gracia y cuántas gracias pasan por los cuidados maternales de María! ¡Confiémonos, pues, a Ella con confianza y afecto filial! Como Don Bosco, cuya experiencia mariana era tan intensa que siempre era capaz de arrastrar a sus hijos e hijas. Estos son los estribillos que repetía gustosamente con la máxima convicción y devoción: “En María he puesto toda mi confianza. La Virgen nunca deja las cosas a medias, Nuestra confianza está puesta en la ayuda de María Auxiliadora... Quien confía en María no quedará nunca defraudado... Quien hace una novena a la Virgen tiene derecho a esperar un milagro... Yo os recomiendo que invoquéis siempre el nombre de María, especialmente con esta jaculatoria: **María Auxiliadora de los cristianos, ruega por nosotros**. No es una oración muy larga, pero se ha mostrado muy eficaz... El Señor y su divina Madre no permitirán que se repita en vano: ¡María Auxiliadora de los cristianos, ruega por nosotros!”

## PARA EL DIÁLOGO

Volvemos a leer el tema, despacio, y vemos que es lo que más nos llama la atención, ¿qué es para mí María?

**¡Oh María, Virgen poderosa!**

¡Oh María, Virgen poderosa!

¡Tú, eficaz y potente defensa de la Iglesia;

Tú, maravilloso auxilio de los Cristianos;

Tú, terrible como un ejército en orden de batalla:

Tú sola has destruido todas las herejías en el universo mundo!

Defiéndenos del enemigo en las dificultades, luchas y necesidades de la vida  
y en la hora de la muerte acoge nuestra alma en el Paraíso!

*Amen*